

G. B

LA BANDA DE MARFIL

1

*Nostalgia.*

*15 de febrero de 2017.*

Cuentan que las personas viven de su pasado, que las noches solitarias del ayer nos invaden de culpabilidad. Dicen que escribir es una forma de guardar las memorias que no sabes si eran o no realidad.

Ante tres sombras humanas se mostraba escrita la memoria de una tumba que como cada quince de febrero, volvía a renacer para juntarlos de nuevo.

«MIGUEL SÁNCHEZ ÁLAMO, 1969 – 1987.

SIEMPRE EN NUESTRO RECUERDO».

Llovía y parecía que lo iba a hacer eternamente. Llovía como hace justo treinta años. Los reflejos en las canas del que fuera el líder del grupo, el enclenque Rocky, iluminaban la penumbra del lugar. Alexandra sacó un pequeño talismán de marfil y lo depositó cuidadosamente encima de la lápida. Julio y Rocky la miraban.

–¿Creéis que se acordaba de nosotros? –preguntó Alexandra a sus viejos amigos mientras se reincorporaba buscando la aprobación. Julio suspiró y contestó a la pregunta lanzada.

–Alex déjalo ya. Vives todavía en ese día. Tenemos cerca de cuarenta y ocho palos ya. –Rocky apoyó su mano en el hombro izquierdo de Alexandra para consolarla.

Aquella fría oscuridad estaba envolviendo a los cuatro una vez más. El crujido del estómago de Alexandra incrementó su enfurecimiento. Adiós eterna abstracción, se dijo echando la última mirada al suelo y desafiando a Julio.

– ¿Y qué cojones estabas haciendo tú? Respóndeme si tienes agallas, ¿o sigues siendo igual de cobarde como hace treinta años?

*Amistad.*

23 de enero de 1987.

Con un ademán de desesperación, Álex miró su reloj Casio. Dos minutos faltaban para que la campana del colegio le regalara un nuevo fin de semana de libertad con «la Banda de Marfil». Llevaban ya compartiendo cinco años ese amuleto de imitación en el cuello que adquirieron en el mercado medieval que iba todos los años al pueblo. Rocky la despertó de su letargo, tocándola por la espalda.

–Álex, código secreto –susurró Rocky extendió su brazo con una nota a la vez que Álex dejaba caer su mano por detrás para alcanzar el pupitre de Rocky. Julio y Miguel buscaron a Álex desde el lateral de la clase con la mirada asintiendo.

«Que mierda de clase. Esta tarde a la Guarida de Tirion», dictaba la nota con una caricatura de Don Humberto realzando el tamaño de su nariz. Álex agarró la nota y la sostuvo en su puño. Ella tenía ya preparado su nuevo mazo de dragones para la batalla de esa tarde con el fin de ser la ganadora de los miembros de la banda. Rocky era el mejor jugando a *Wizard*, el juego de rol de mesa que los volvía locos durante todas las tardes.

– ¡Pablo Rocamora! Supongo que la nota llevaba la solución a la ecuación de la pizarra. –Toda la clase rió ante el tirón de orejas de Don Humberto a Rocky–. En cualquier caso, aprovechando la interrupción, ilumínenos Rocamora, ¿cuál sería la solución?

Don Humberto había llegado nuevo al instituto ese año. Aparte de matemáticas en segundo de BUP impartía religión en el centro. Era joven para lo que normalmente estaban acostumbrados los alumnos. Su fama de duro, se la creó ya durante el primer

mes de clase. No obstante, su papel como profesor era radicalmente opuesto cuando cambiaba de asignatura. Miguel era su favorito tal y como respaldaban las notas. En realidad, Miguel era sencillamente el primero de la clase y eso lo sabían todos desde siempre.

Con el rabillo del ojo buscando a Miguel y Julio que se sentaban siempre juntos, y los sudores por la frente, Rocky contó cuatro dedos en la mano de Miguel para sin pensar, pero con titubeos, contestar.

–Equis igual a cuatro Don Humberto –soltó Rocky exacerbado. El silencio se hizo en la clase, el profesor se dirigió al pupitre de Álex. Rocky quería desaparecer de allí, quería volver al pasado como Marty McFly en Regreso al Futuro para no haber pintado a Don Humberto, sabía que si lo pillaban, su madre le iba a quitar el VHS de su habitación durante un tiempo. Desesperación, pensó Rocky mientras tenía en mente a McFly tocando el Johnny B.Good para evadirse de los pasos que se acercaban a su compañera de delante. El timbre sonó y Don Humberto se clavó en seco delante de Álex mientras el sonido ensordecedor amainaba.

–Pueden recoger. Para el lunes los ejercicios dictados en la pizarra y en el cuadernillo. Quiero las fracciones derechas, en línea y nada de peros. Rocamora, tú serás el primero –le sonrió sin abrir los labios.

*Hogar.*

*31 de enero de 1987.*

–El Mago Aloyzo os envía una advertencia sobre los Portales del Demonio: Las puertas mágicas al Gran Abismo a través de las cuales fluirán innumerables demonios se están abriendo. ¡Debéis matar al demonio engendrado que ya ha emergido, y luego destruir las piedras mágicas para sellar el Portal Rubí para siempre! –El énfasis de Rocky iba en aumento–. Os encontráis ante un desierto cubierto de maleza, rodeado de obeliscos imponentes y árboles altos y muertos en cuatro anillos concéntricos. ¡Tenéis que luchar para llegar al centro y lanzar un hechizo de sellamiento antes de que haya un ejército interminable de demonios!

–¡A la batalla! –gritaron Julio, Miguel y Álex al unísono. Rocky estaba preparando los personajes en el tablero para la tercera batalla de la tarde, Álex repartiendo las cartas de los personajes y Julio discutiendo con Miguel.

– ¿Otra vez el guerrero para ti y yo el enano mago? –Le espetó a Miguel, en contraposición con la felicidad de Rocky por ser Aloyzo.

–Pero si tienes las mejores cartas. De mano inicial tienes la retroalimentación arcana, la ventisca, el fognazo... –mirando y calculando las casillas que los separaban de los diablillos.

–La armadura oxidada y la carta de caminar, pero es que paso de tener que moverme de dos en dos como mucho otra vez.

–Qué impaciente eres Julio –se metió Álex por en medio–, además, ¿qué dice la carta? «Un viaje de mil kilómetros comienza con un pequeño paso».

–O dos –intervino Rocky para picar al enemigo. Las risas de los chicos ascendieron del sótano hasta toda la casa de Miguel.

–Venga derrotemos a Rocky –concluyó Miguel haciendo buena gala de anfitrión–. Además tenemos a la mejor elfa sacerdotisa –sonriendo a Álex.

Con más de cuarenta y cinco minutos de batalla, las fuerzas del mal habían eliminado a Julio, sacrificándose por el grupo cargándose a dos diablillos en llamas y dejando débil a Aloyzo. Con muy pocos puntos de salud se encontraba nuestro guerrero humano Kierton, yendo la sacerdotisa Maemin al rescate.

–¡Bendición de curación! –Mostrando Álex su carta de la mano y poniéndola en el mazo de descartes. Turno de Rocky, descartando cartas y robando tres del mazo. Teniendo a tiro a Kierton, era su oportunidad antes de que se sanara.

–¡Magma volcánico! –gritó desesperado Rocky intimidando a Miguel.

Miguel sacó su carta de la cota de malla, lo que le daba la oportunidad de tirar el dado y minimizar el daño de un ataque tan poderoso con un cinco o un seis.

–¡No lo vas a sacar ruin bellaco! –Rocky se encontraba con los puños cerrados en alza rezando todo lo que sabía, mientras Miguel apelaba a la probabilidad. La partida se tornaba interesante pensó Julio, que tras caer eliminado se incorporaba a la mesa de juego. Mientras que el dado rebotaba en las falanges de los dedos de Miguel, Álex soltó la llamada al dios élfico del viento.

–¡Por Al'Akir!

El dado rebotó en el personaje de Rocky y salió despedido perpendicularmente fuera del tablero cayéndose por debajo de la mesa.

—¡Quieto todo el mundo! —bramó Rocky lanzándose a mirar la cara superior del dado que seguía cobrando vida en el suelo.

—¿Desde cuándo has pasado de ser el señor del portal Rubí a guardiacivil? —intervino Álex riéndose con cara de incrédula.

—¡Se sienten, coño! Que os estoy vigilando. —Los cuatro chicos se agacharon para ver lo que la diosa de la fortuna había querido para ellos. Álex cogió de la mano a Miguel y éste hizo lo mismo con Julio, aunque fue demasiado tarde. —¡Un tres! ¡Un tres! ¿Lo estáis viendo?

De un plumazo, Aloyzo se cargó a Kierton y miró a Álex desafiante.

—¡Voy a por ti Maemin!

*Entrevista.*

*10 de Julio de 1996.*

Por un momento, el repiqueteo de los teléfonos de las llamadas en la oficina la puso todavía más triste. Le recordaba a cuando los amigos de su hijo llamaban por teléfono a su casa preguntando por él y ésta escuchaba a hurtadillas los primeros segundos desde la cocina. Las palabras de Julián González, periodista del diario Castilla, la hicieron volver al presente.

–Pilar, me decía entonces que no sabe nada de su hijo, que tal vez esté en Sudamérica –el periodista tomó una breve pausa colocando su bolígrafo en línea con la grabadora–. ¿Usted no cree que en algún momento de lucidez, su hijo pueda dar señales de vida?

Pilar se aclaró la voz y contestó como pudo.

–Es que es muy difícil que tengan un momento de lucidez. La congregación está muy encima, son muchos años estando dentro de él, machacándolo. El ambiente hace mucho, es muy difícil.

–¿Pero entonces no lo vieron venir? Su marido y usted, me refiero, quiero decir.  
–El periodista estaba probando la fragilidad de Pilar.

–Mire usted, mi marido trabajaba fuera y llegaba por la noche a casa. Yo lo llevaba al colegio, lo controlaba a veces demasiado, pero nunca, jamás, se escapó de casa. –Pilar paró la conversación y cogió un pañuelo de tela del bolso. Tras unos



segundos continuó—. Hasta que cumplió los dieciocho años, y la semana siguiente de cumplirlos se marchó un domingo y no volvió más.

—Usted sabe Pilar, —tragando saliva— que en España cada año en los ochenta desaparecían cientos de personas. En su caso, un hijo suyo fue a un grupo...

—Era inteligente, era bueno, era... —interrumpió Pilar—. Y de repente cambió. Yo pensaba qué demonios ha pasado, por qué a mí, ¿qué he hecho mal? Y todavía me lo sigo preguntando casi diez años después. —La mirada de la madre se volvió desafiante—. Mientras España no legalice o no opte por algún camino, en este país van a seguir creciendo y van a seguir viniendo. Aquí se legalizan y aquí hacen lo que quieren no puedes hacer nada.

Julián asintió apesadumbrado.

—Porque son carne de cañón y eso no va a desaparecer te lo digo yo —afirmó la madre muy segura de sí misma por los años de dolor acontecidos.

—¿Por la seguridad personal o de su entorno?

Pilar vislumbró el plan de aquel domingo. Y le contó lo que ella sabía.

—Mire usted, lo tenía todo planeado. Engañó a sus mejores amigos donde incluso estaba su novia, o al menos eso parecía. De hecho intentó llevárselos con él. —El periodista la escuchaba con más atención—. Se pasaban todas las tardes de críos en casa de un amigo suyo viendo películas y supongo que ya con la edad que tenían pensaban de otra manera. Pero nadie en el pueblo los veía así. Jugaban por las tardes a juegos, salían muy poco y sacaban buenas notas.

—¿Y algún tipo de droga sabe usted si...? —Se lanzó el periodista.

–No, para nada. Supongo que buscaría seguridad artificial pero no de ese modo, sino con el nuevo grupo. –Pilar estaba viendo que la entrevista no la llevaría a ninguna parte, solo ventas para el periódico–. Mire, como le he dicho antes, cuando se trata de prohibir estos grupos, no tiene sentido. Si prohibimos los bares, no vamos a evitar el alcoholismo.

–Por tanto, –inquirió el joven– no se trata de perseguirlos, ¿no es así?

Pilar, miró en la pared de enfrente la hora que era, otra lucha más para su causa perdida, pensó.

–Al fin y al cabo, se trata de educarnos de otra manera para que no necesitemos reducir nuestra ansiedad consumiendo el exceso que nos aporta el grupo, ni consumiendo exceso de alcohol o exceso de nada. Para mí, mi hijo murió aquél domingo.

***Plan.***

*14 de febrero de 1987.*

–Repasemos el plan de ataque, ¿preparados? –Rocky con una antena de radio estaba imitando a Lee Marvin en Doce del Patíbulo.

–¿O sea que van en serio? –preguntó Alex mirando a Miguel–. ¿Nos vamos a colar al instituto?

La Banda de Marfil había estado pendiente de los movimientos de varios profesores durante las últimas semanas en el instituto, entre ellos Don Humberto. Los domingos asiduamente varios vehículos del claustro estacionaban estratégicamente alrededor del centro. Miguel se avisgó enseguida sobre estos hechos y puso en alerta a sus compañeros. Estaba seguro que a Rocky le iba a encantar.

–Yo te sigo Miguel. –Julio estaba acomodado en el sofá mirando de lejos las figuritas y la recreación que habían preparado Rocky y Miguel minuciosamente con los *Playmobil* que conservaban de cuando eran más pequeños. El fuerte de plástico hacía de instituto.

–¿No tenéis curiosidad por saber que hacen algunos de los profesores un domingo? ¿Os imagináis a Don Humberto con Doña Herminia? –sugirió Rocky sacando los dientes.

–Estáis locos, nos van a pillar. Lleváis ya casi un mes con lo mismo. Con el dichoso plan. –Álex quería la aprobación de Miguel pero éste le dio una palmadita a Rocky en la espalda.

–Está todo planeado, tranquilos, ¿o acaso alguien ha vencido a la banda? Nos lo vamos a pasar bomba– intentó alentar Rocky. Julio se incorporó de su sitio y asintió a Miguel.

Era el momento de recreación de Rocky. Aquél chico que había crecido pegado a una pantalla de televisión pudo ponerse en la piel del Mayor Reisman en Doce del Patíbulo después de tantas semanas soñando con ese momento, tras haber escrito las indicaciones junto a Miguel y habérselas dado a los demás compañeros.

–De nuevo, repasemos el plan de ataque, ¿preparados? –Rocky señaló con una antena de radio la mesa del sótano de Miguel donde tantas partidas de *Wizard* habían jugado juntos y se metió en el papel–. ¡Uno!

–Llegamos al cruce sin ruido ninguno. –Contestaron los demás juntos. Rocky quería animar sus compañeros para darles más entusiasmo y énfasis como en la película que tanto le gustaba a su padre. Películas de guerra era sinónimo de películas buenas, le decía.

–¡Uno! –bramó de nuevo.

–¡Llegamos al cruce sin ruido ninguno!

–¡Dos!

–Los monopatines aparcados.

–¡Tres! –Rocky ya estaba en su salsa. Julio y Álex se habían aprendido las frases, eran un equipo.

–Pasamos los arbustos a través –Miguel, Julio y Álex se vinieron también arriba.

–¡Cuatro!

–Miguel y Julio se asoman con mucho teatro –ambos se miraron riéndose.

–¡Cinco!

–Álex en sigilo vigila con ahínco.

–¡Seis!

–Rocky coge la verja para que trepéis.

–¡Siete!

–Álex se ocupa de que se sujete.

–¡Ocho!

–Miguel trepa un tanto pocho –era la frase preferida de Álex.

–¡Nueve! –Señalando dos muñecos que representaban a sus compañeros.

–Tropa Julio y Miguel no se mueve.

–¡Diez!

–Rocky y Álex los cubren a su vez.

–¡Once!

–Miguel aguarda quieto como una estatua de bronce.

–¡Doce!

–Julio avanza si nadie le reconoce.

–¿Dónde estará el pato Donald? –preguntó Rocky metido completamente en el papel. Se hizo el silencio, los demás se quedaron mirándolo—. Joder, ¿no habéis visto todavía la película? –Rocky puso cara de serio de nuevo—. Seguimos. ¡Trece!

–Miguel entra si nadie lo entorpece.

–¡Catorce! –El momento predilecto de Rocky.

– Hora cero.

–¿Y qué ocurre? –Apuntando a las entradas del fuerte que tenía delante.

–Álex a la puerta trasera y Rocky a la principal con recelo.

–¡Quince!

–Penetra Julio con astucia de lince.

–¡Dieciséis!

–Salid luego corriendo o si no la pifiaréis.

–Y maten a todos los oficiales que puedan –concluyó Rocky con la antena en sus manos satisfecho.

*Noticia.*

*9 de septiembre de 2001.*

Tres y diez de la tarde. Un hogar cualquiera. Hora de la sobremesa.

«Y ahora queremos mostrarles uno de los sucesos más escalofriantes que han ocurrido en España en los últimos años referentes a este tema...»

–A ver, niños callaos un momento. Paco dale voz a la tele.

«... donde la policía ha desarticulado un entramado que había durado casi veinte años, desde mediados de los ochenta...»

–Lo que hay que ver Paco, si en aquella época éramos nosotros todavía unos críos y ya estábamos juntos.

«... trágico suicidio junto a los demás miembros de la cúpula piramidal. El topo de la policía que durante meses estuvo infiltrado será clave para que La Audiencia pueda tomar cartas en el asunto...»

–Mari, pásame el pan.

«...veremos si los magistrados podrán entrar en consideraciones sobre la moralidad de las actividades desplegadas en el seno de la organización. Todo ello causado por filtraciones a la Policía en...»

–Paco parece que no te preocupan estas cosas. Ni estas cosas ni tus hijos.

«...ya que en los años 80 la crisis moral tras la época franquista, abrió un periodo de búsqueda, de libertad religiosa, de conciencia...»

**Caza.**

*15 de febrero de 1987.*

—¿Tienes la conciencia tranquila Julio? —preguntó Miguel acurrucado ya en uno de los pasillos del instituto. Las luces estaban apagadas. Se podía respirar el olor a limpieza dejado el lunes por la tarde. Rocky y Álex ya estaban en sus puestos. Tal y como Miguel había previsto.

—Sí, claro. Tú primero, yo te cubro. —Alegó Julio que conocía muy bien las dependencias del lugar en el que estaban.

Con todavía la ropa húmeda por la lluvia del exterior, barrieron la planta principal del edificio en un silencio sepulcral. Llevaban diez minutos con los sentidos agudizados. Había que tomar una decisión. ¿Separarse? ¿Subir a la primera planta? ¿Seguir por las dependencias del sótano?

—¿Subimos o bajamos? —preguntó Julio.

—Bajamos.

A hurtadillas los escalones se iban agotando uno a uno, Miguel dirigió la expedición a clase de religión. A falta de unos cuantos escalones, la puerta de la clase se encontraba a la derecha del hueco de la escalera. El chirriar de la tiza en la pizarra los alertó. Los chicos se miraron y siguieron avanzando hasta el umbral de la puerta. Gesticulando, Miguel llamó a Julio para apoyar la oreja en la puerta. La tiza seguía bailando a solas en la pizarra.

—¿Y ahora qué hacemos? —susurró Julio.

—Vamos a entrar —dijo Miguel con seguridad.



–¿Estás loco? –musitó, dándose golpecitos en la sien con el dedo índice.

–Confía en mí.

Miguel abrió la puerta.

*Seducción.*

*15 de febrero de 1987.*

Miguel abrió la puerta.

Don Humberto estaba en la pizarra escribiendo.

–Pasen, no se queden ahí, que no muerdo –dijo el profesor de cara a la pizarra todavía.

Miguel miró a Julio asintiendo y ambos entraron a la clase. Dos chicas estaban sentadas en la esquina derecha en la última fila. Julio se quedó sorprendido ante la pasividad de Miguel. No reconoció a ninguna de las chicas. Tenían una edad similar a la de los dos jóvenes.

Don Humberto se dio la vuelta e invitó a Miguel y a Julio a sentarse enfrente de él. Las dos chicas se levantaron y cogieron una silla. Julio observaba como Miguel seguía mirando a Don Humberto mientras las chicas se sentaban al lado de cada uno. Cuando Julio notó la presencia de la joven a su derecha, se percató de que Miguel estaba besándose con la otra chica. Ante tal hecho, Julio vio que Don Humberto abrió sus manos.

–Adelante, no tengas miedo –inquirió el profesor.

Y Julio se dejó llevar, se dejó embaucar, se dejó seducir. La conexión con Miguel era muy fuerte, siempre lo había sido. Los segundos parecían minutos, los minutos horas. Después llegó la calma.

«Afecto, familia, educación, liderazgo, importancia, felicidad, realización espiritual». Estas fueron algunas de las palabras que Julio pudo leer en la pizarra antes de cambiar de vida y decir adiós junto a Miguel.

*Arrepentimiento.*

*15 de febrero de 2017.*

–Quizás si fui cobarde. Lo siento Álex.

Un largo suspiro.

–Pero después de la tragedia, tú volviste Julio.

Álex se despidió de Rocky. Nunca superó la nota dejada por Don Humberto aquella tarde de domingo en el instituto. Las posteriores muertes y la desarticulación de todo el entramado se fue olvidando en los medios por lo que sucedió en el mundo un par de días después. Sin embargo, en el pueblo sí que se hablaba de la espantada de los hijos de Carmen y Pilar. Muchos interrogantes se quedaron en el aire tras lo que pasó aquella tarde.

–Sigo sin saber cómo entre Don Humberto y Miguel te engañaron. ¿No pasó nada más? –dijo Rocky apesadumbrado, intentando apoyar a Álex.

Álex ya estaba volviendo sobre sus pasos cuando Julio le contestó a Rocky.

–No Rocky –Julio se hundió y se acordó de Miguel, de las tardes de verano, de las aventuras vividas como miembro de la banda, de la acusación reciente de Álex y su amor por Miguel hace treinta años... Se abrazaron mientras Álex seguía con paso firme lejos de allí, ahuyentando recuerdos, olvidándolos al menos hasta el febrero del año siguiente. Julio continuó entre lágrimas.

–Estábamos los tres solos aquella tarde en el instituto.